

El retrato fotográfico y la moda en México (1940-1950)

The photographic portrait and fashion in Mexico (1940-1950)

Autores Salvador Salas Zamudio¹, Alan Hernández Montes De Oca², Dolores Mayela Ibarra Mendoza³, Karina Guadalupe López Gómez⁴, Gabriel Medrano Santacruz⁵, Nicole Sarai Orozco Contreras⁶, Diana Laura Tavera Álvarez⁷

¹ Campus Guanajuato, División de Arquitectura Arte y Diseño, Departamento de Artes Visuales; ² Campus Guanajuato, División de Arquitectura Arte y Diseño, Licenciatura en Artes Visuales; ³ Campus Guanajuato, División de Arquitectura Arte y Diseño, Licenciatura en Arquitectura; ⁴ Campus Guanajuato, División de Arquitectura Arte y Diseño, Licenciatura en Arquitectura; ⁵ Colegio de Nivel Medio Superior, Escuela de Nivel Medio Superior Guanajuato, Bachillerato General; ⁶ Campus Guanajuato, División de Arquitectura Arte y Diseño, Licenciatura en Arquitectura; ⁷ Campus Guanajuato, División de Arquitectura Arte y Diseño, Licenciatura en Artes Visuales. s.salas@correo.mx¹, a.hernandezmonteseeoca@ugto.mx², dm.ibarramendoza@ugto.mx³, kg.lopezgomez@ugto.mx⁴, g.medranosantacruz@ugto.mx⁵, ns.orozcocontreras@ugto.mx⁶, dl.talaveraalvarez@ugto.mx⁷

Resumen

Entre 1940 y 1950, la Ciudad de México tenía una escena cultural floreciente, en un ámbito de intensos cambios políticos, sociales y culturales, con desarrollo de actividades artísticas, comerciales y deportivas. Los habitantes de la gran urbe, conocida como Distrito Federal, vivió acontecimientos históricos y valores culturales que se reflejaron en las tendencias, la moda y en las formas de representar a las diversas clases socioeconómicas. Los estudios fotográficos eran visitados por las clases medias y altas de la capital, los retratistas “capturaron con sus cámaras” no solo la apariencia física de las personas, también su posición social, su identidad cultural y sus valores. Los retratos reflejaban la moda y la estética de la época, los y las retratadas portaban ropa de acuerdo con las tendencias de moda de esos años, lo que permitía atesorar los estilos y gustos de la sociedad mexicana. Aunque ciertos estudios fotográficos ofrecían accesorios, escenarios apropiados y en algunas ocasiones prendas de vestir para crear una imagen idealizada, las fotografías conservan las aspiraciones de veracidad y el reflejo del pasado que se siente cercano en los retratos realizados por Martín Ortiz.

Palabras clave: retrato fotográfico; moda en México, estudios fotográficos.

1. La ciudad de México (1940-1950)

Durante el período de 1940 a 1950, la Ciudad de México experimentó un crecimiento significativo y se convirtió en un centro cultural y social vibrante. Algunas colonias destacadas eran Polanco, Roma, Condesa, Lomas de Chapultepec y San Ángel, conocidas por albergar a las clases altas y por tener hermosas residencias y mansiones. La Avenida Reforma también era un lugar emblemático, con sus amplias calles y arquitectura impresionante. En las avenidas Hidalgo, Madero y 16 de septiembre se encontraban importantes y sofisticados estudios fotográficos, Eduardo Melhado tenía su estudio en el número 18 de la avenida 16 de septiembre. Por su parte María Santibáñez “... cambió su estudio de Bolívar 62 al barrio más elegante de la ciudad, ocupando el número 22 de avenida Juárez (Torrez, 2011, p. 10). En 1944, Adrián Devars Jr. tenía su estudio fotográfico, en un edificio de la calle de Mesones casi esquina con Bolívar.

La Ciudad de México ofrecía diversas actividades recreativas y culturales, en cines como el Ópera, el Lido, Prado Trans-Lux, Venecia, Continental, Mariscala, Magerit, cine Centenario, Orfeón, cinematógrafo Salón Rojo y Ópera, las estrellas tanto nacionales como internacionales influenciaban la moda de las mujeres jóvenes en México. Películas de la época de oro del cine mexicano como “Distinto Amanecer” (1943) dirigida por Julio Bracho y fotografiada por Gabriel Figueroa, que presentó una estética elegante y sofisticada en los vestidos ajustados, faldas a la rodilla y hombros estructurados que portaba la protagonista Julieta, interpretada por Andrea Palma; así como en el filme “Hasta que Jalisco perdió” (1945) dirigida por Fernando de Fuentes y protagonizado por Gloria Marín, con prendas de vestir por debajo de la rodilla que permitían movimientos ágiles y hombreras que acentuaban la cintura; en la cinta “Enamorada” (1946), dirigida por Emilio Fernández, María Félix, una reconocida actriz mexicana, resaltaba su belleza y sofisticación con una estética romántica y elegante que la consolidó como un ícono de la moda mexicana de la época; en “Pecadora” (1947), dirigida por José Díaz Morales, la protagonista Ninón Sevilla, personificó

a Leonor con vestuarios ajustados, escotes pronunciados y faldas con vuelo, que se convirtieron en tendencias populares en la moda mexicana de la época.

El drama sicalíptico en el cine de rumberas y pecadoras, heredero del teatro frívolo mexicano que se presentaba en carpas y teatros de revista, protagonizado por María Antonieta Pons *El ciclón del Caribe*, Rosa Carmina *La Mujer de Fuego*, Amalia Aguilar *La Bomba Atómica*, Meche Barba *La Venus Azteca*, Ninón Sevilla *La Venus Dorada*, así como la vedette especialista en el baile Tahitiano Tongolele, Yolanda Yvonne Montes *La Reina de las Danzas Tahitianas*, con prendas sensuales y pudorosas, llamativas plumajes, faldas cortas con lentejuelas y zapatillas de tacón que causaban sensación a finales de los años cuarenta y principios de los años cincuenta en sus escenificaciones de mujeres humildes que vivían en un ámbito arriesgado. Simón Flechine *Semo* fotógrafo de origen ruso que llegó a México en 1942 y realizó imágenes para postales y carteles cinematográficos de las bailarinas de ritmos musicales afroantillanos conocidas como "Las reinas del Trópico". Ante su cámara posaron la protagonista de la película "Siboney" (1938) María Antonieta Pons, registró la sensualidad de Rosa Carmina en su traje de plumas y lentejuela, a la debutante en el teatro Lírico, la rumbera cubana Amalia Aguilar y *La Venus Dorada* que motivó suspiros y aplausos en sus éxitos cinematográficos, también fotografió a la protagonista de "La ilusión viaja en tranvía" (1954) y a Rosita Fornés, actriz de comedia lírica, de teatro dramático, tiple cómica y vedette en los teatros de revista como Arbeu, Lírico y Follies.

Semo "contribuyó significativamente a engrandecer el culto a los actores y las actrices que dieron nombre a la época de oro" ... el fotógrafo ruso afianza una identidad desbordada entre los mexicanos, pues la imagen de las estrellas fue en su origen "estereotipo que el público no sólo aceptaba, sino que precisaba: cejas, sinónimo de altivez; piernas asociables a la incitación infiel; sonrisas peligrosas; gestos potenciados gracias a la luz y el poder del encuadre"... aparecen la belleza y el llanto de Rosita Quintana, la sensualidad diabólica de la señora Fu Man Chú, el legendario rostro de María Victoria, la pureza y sumisión de Columba Domínguez (Acosta, 31 de marzo de 2002)

Por su parte el cinefotógrafo Agustín Martínez Solares de cintas como "Así se quiere en Jalisco" (1942), "Santa" (1943), "Me he de comer esa tuna" (1945), "El rey del barrio" (1950), "Una gallega baila mambo" (1951) y do otros largometrajes que fueron un éxito en taquilla, registró la silueta de Meche Barba en "La mujer desnuda" (1953), cinta censurada por la moral y las buenas costumbres de la sociedad mexicana, encabezadas por Liga de la Decencia.

Películas que hacían referencia al crimen y al imaginario erótico de los cuarenta y parte de los años cincuenta, que promovía un sistema de valores estéticos y morales, bailarinas que se interpretaban a ellas mismas en melodramas de suspenso, víctimas y victimarias envueltas en dramas *cabaretiles* de pobreza y arrabales de escenarios urbanos, desencanto social y corrupción moral. Personajes que no podían escapar de su trágico pasado o de su destino en la excitante y asequible vida nocturna.

... pero inalcanzable para la generalidad de la población y al mismo tiempo que mostraban la miseria e injusticia en que vivían la mayor parte de sus habitantes, a través de los melodramas que se presentaban en el contexto de sus callejones, monumentos, edificios y parajes; en donde se buscó promover la sumisión a una moral impuesta y la consolidación de una clase media sumida en la tradición patriarcal y el anhelo del ascenso social. (Domínguez 2011, p. 2)

Las producciones cinematográficas fueron fundamentales para establecer referentes de estilo y moda en México, contribuyendo a definir la moda de la época, se convirtieron en ejemplos del vestido elegante, glamoroso y moderno. Los vestuarios de los personajes, diseñados por talentosos maestros de la alta costura mexicana como Manuel Méndez, que diseñó prendas para grandes divas del cine como Dolores del Río y María Félix, influyeron en las preferencias y elecciones de vestimenta del público mexicano.

Los parques, como la Alameda Central, el México, el España, el Bosque de Chapultepec, eran destinos populares para pasear y disfrutar de actividades al aire libre. También se celebraban eventos deportivos, como carrera de relevos, calistenia, natación, baloncesto, fútbol y juegos de béisbol en los parques Álvaro Obregón, Villa de Guadalupe y Delta. El parque Delta, inaugurado en 1928, era considerado la máxima casa del béisbol mexicano, localizado en la Colonia Piedad Narvarte, pero en 1950 las gradas de madera se derrumbaron durante un partido, fue vendido al IMSS y en 1955 reabrió sus puertas con el nombre de Parque del Seguro Social. El estadio ubicado en la esquina de Viaducto Miguel Alemán y Avenida

Cuauhtémoc fue nombrado por sus aficionados como la máxima catedral del béisbol. En los años cuarenta el fútbol despertaba pasiones entre los simpatizantes de los equipos América, Asturias, Atlante, España, Marte, Moctezuma, Necaxa y Selección Jalisco, que los domingos se enfrentaban en el Parque España, ubicado en Calzada de la Teja, hoy Marina Nacional y Melchor Ocampo; el Parque Asturias localizado en la Colonia Asturias de la Ciudad de México y el Estadio de la Ciudad de los deportes.

La Ciudad de México tenía una escena cultural floreciente, el Palacio de Bellas Artes era un importante centro cultural, donde se realizaban presentaciones de música, ópera, danza y teatro. El Museo Nacional de Artes Plásticas, inaugurado en 1947, se convirtió en un hito importante para exhibir la rica historia y la cultura mexicana y Museo Nacional de Artes e Industrias Populares en la ciudad de México (1949), cimentado en el antiguo templo de Corpus Christi para la exhibición, venta y promoción de las artes populares.

Las clases altas solían frecuentar lugares exclusivos y de prestigio como El Club de Golf Chapultepec, un punto de encuentro para la élite social, donde se practicaba golf y se organizaban eventos sociales. El Club de Banqueros de México y el Club de Industriales, eran lugares populares para reuniones y actividades para crear y aumentar redes comerciales y sociales. Además, los restaurantes y cafés de lujo, como el Café de Tacuba y el Restaurante Sanborns, que atraían a las clases altas para disfrutar de la gastronomía y la socialización.

1.1 La moda en la ciudad de México

La moda en un país refleja la sociedad que la rodea y México no fue una excepción, entre 1920 y 1950, tras la Revolución Mexicana, el país experimentó intensos cambios políticos, sociales y culturales, notables transformaciones y desarrollo, acontecimientos históricos y valores culturales que dejaron su huella en las tendencias y el estilo de vestimenta de la época, la moda se desempeñó como medio de expresión de la identidad nacional y una poderosa expresión del espíritu que definió una era, siendo un reflejo de los cambios culturales, políticos y sociales que caracterizaron a una sociedad en particular.

La moda en México se nutrió de influencias internacionales y se entrelazó con la tradición local, creando una síntesis única y cautivadora. La elegancia de las siluetas y los exquisitos tejidos se fusionaron con los trajes regionales, simbolizando una nación en proceso de forjar su identidad.

Desde los locos años veinte, la pesadumbre de la Segunda Guerra Mundial hasta la incertidumbre de los años cincuenta, la moda en México se caracterizó por una mezcla de refinamiento, identidad nacional y adaptación a las tendencias internacionales.

En los años 40, las mujeres mexicanas de la clase socioeconómica media alta y alta, solían usar vestidos largos y ajustados en la cintura, faldas amplias que reflejaban sobriedad y elegancia, los hombros ligeramente acolchados para lograr una figura más definida, en lo que se conoció como el estilo *New Look* popularizado por Christian Dior. Las prendas de vestir acentuaban la figura femenina con cinturas estrechas y faldas amplias, los vestidos ceñidos a la cintura con corte en A se abrían en una falda amplia, creando una silueta elegante y femenina. La línea princesa se volvió popular, proporcionando una apariencia refinada. Los materiales eran escasos debido a la guerra, lo que llevó a la utilización de telas más sencillas y a la reducción de adornos y detalles extravagantes en las prendas (Domínguez, 2012).

La década de los 40's en México estuvo marcada por eventos significativos tanto a nivel nacional como mundial, años dominados por el sindicalismo, la Segunda Guerra Mundial y la escasez de materiales, con un impacto en la moda y el estilo de vestimenta de la población mexicana, las importaciones de textiles y materiales se vieron afectadas, lo que llevó a un enfoque en la producción local y a la creatividad para adaptarse a las limitaciones, con un enfoque práctico y austero en las prendas de vestir, los zapatos, el peinado y el maquillaje. A pesar de las dificultades, la elegancia y la sofisticación prevalecieron, mostrando la capacidad de la moda para adaptarse y seguir siendo una forma de expresión durante tiempos de cambio y desafíos, esto contribuyó a la búsqueda de una moda autónoma y original. Los zapatos con tacones bajos y medianos seguían siendo comunes, pero debido a la falta de materiales, los zapatos de cuero sencillos y duraderos fueron más populares durante estos años (Domínguez, 2012). El peinado se caracterizó por ser sofisticado y pulido, con ondas suaves y rizos, se llevaban el cabello recogido en elegantes moños y chongos.

Las mujeres seguían una estética clásica y refinada. Los labios eran resaltados con tonos de rojo profundo y burdeos, mientras que los ojos se maquillaban con sombras suaves y delineador para lograr una mirada expresiva pero sin exageraciones. La piel se mantenía mate y sin brillo, lo que reflejaba la sobriedad y la seriedad de la época.



Figura 1. Martín Ortiz, ca. 1940. Colección privada

Entre 1940 y 1950 la moda en México experimentó cambios significativos y reflejó la influencia de la cultura y las tendencias internacionales de París y Hollywood, se adoptaron estilos de vestimenta femenina con faldas amplias y hombros estructurados. Sin embargo, estos estilos se reinterpretaron para adaptarse a las preferencias y necesidades locales, un estilo distintivo que reflejaba la identidad mexicana.

A medida que avanzaba la década de 1950, la moda de Hollywood tuvo un impacto significativo en las tendencias, las mujeres comenzaron a adoptar estilos más ajustados y ceñidos al cuerpo, con faldas hasta la rodilla y cinturas definidas. Aunque también los vestidos que adquirieron una silueta más suelta y se popularizaron los diseños con faldas sin arrugas o pliegues desde la cintura, sobre las caderas, el vientre y el ruedo, conocidos como de corte *Midi*.

Las mujeres jóvenes solían adoptar un estilo clásico y atemporal, con vestidos y faldas de longitud media o larga, generalmente por debajo de la rodilla, se preferían los diseños lisos con detalles delicados, como lazos, encajes y pliegues, sin embargo, los estampados florales también eran populares en la época. Los accesorios desempeñaban un papel importante en la moda, los sombreros eran un elemento clave, desde aquéllos con ala ancha hasta los populares sombreros de los años 20 de tipo *cloche* o campana, ajustados a la cabeza con copas redondeadas sin borde o solo con una pequeña curva en el borde. Los guantes elegantes, las carteras de mano y los collares de perlas eran otros accesorios populares que complementaban los conjuntos.

No obstante, al mismo tiempo, hubo un esfuerzo por incorporar elementos de la artesanía y la cultura mexicana en la moda. Los diseñadores mexicanos de renombre como Ramón Valdiosera, Pedro Loredó y Alejandro Carlín, fusionaron elementos tradicionales con estilos contemporáneos, utilizando bordados, tejidos y técnicas artesanales mexicanas en sus creaciones, esto contribuyó a la creación de un estilo distintivo y reconocible que reflejaba la identidad mexicana.

Las revistas de moda estaban dirigidas a mujeres de una posición socioeconómica favorecida, desempeñaron un papel importante en la difusión de las tendencias, publicaciones periódicas como "Vanidades", de origen estadounidense llegó a México en la década de 1930 y se convirtió en una de las publicaciones de moda más influyentes hasta 1950, presentaba las últimas tendencias en moda, belleza y estilo de vida, tanto internacionales como locales, era conocida por sus fotografías de alta calidad y artículos de moda destacados; la revista mexicana "Elegancias" una de las principales publicaciones de moda y estilo durante la época de 1940 a 1950, presentaba las últimas tendencias en moda, belleza, decoración y estilo de vida; "Cinema Reporter", aunque esta revista se centraba principalmente en el cine, también incluía secciones dedicadas a la moda y al estilo de las estrellas de cine mexicanas y era una fuente popular de inspiración de moda, ya que mostraba los vestuarios y estilos de las actrices y actores de la época; "Paquita la revista de la mujer y del hogar" que costaba cuarenta centavos y "El hogar, la revista de las familias". Estas revistas, dirigidas a mujeres alfabetizadas, desempeñaron un papel

importante en la difusión de las tendencias de moda en México, a través de sus páginas presentaban fotografías, consejos de moda y artículos informativos que influenciaban y guiaban las elecciones de vestimenta y estilo de vida de la población mexicana, Elvia Montes de Oca (2003) menciona que alimentaban el imaginario de la mujer ideal: afectuosa, sencilla, abnegada, que renunciaba a sus deseos y pasiones a favor de sus hijos y marido, a través de imágenes y mensajes escritos de manera clara y directa en "...apartados como: consejos para el buen funcionamiento del hogar, así como para la salud y el bienestar de la familia, cuidado de la moda y la buena apariencia de las mujeres, acertijos y novelas" (p. 147). Las fotos de las revistas mostraban imágenes con discurso explícitos, actrices nacionales o extranjeras en situaciones cotidianas, alegres y vestidas la última moda, los fotógrafos de estudio contribuyeron a la consolidación del estereotipo femenino, con representaciones visuales de elegancia, feminidad, dulzura y complacencia. "La relación de la fotografía, como imagen de producción mecánica y amplia reproductibilidad, con las vanguardias artísticas del siglo XX significó para la producción fotográfica la apertura de espacios polifacéticos de diseminación" (Dorotinsky, D. 2008, p. 7).

En los semanarios ilustrado participaban fotógrafos retratistas especializados en damas de sociedad, bodas y eventos sociales de clases altas. Martín Ortiz, José Arriaga, Heliodoro J. Gutiérrez, Emilio Lange y Adolfo de Porta, colaboraron en "El Universal Ilustrado" (1917 - 1928).



Figura 2. Martín Ortiz, 1943. Colección privada

1.2 Las clases sociales y las familias adineradas

Durante las décadas de 1940 y 1950 en México, las actividades y pasatiempos de las mujeres de familias ricas y de distintos niveles sociales variaban según su estilo de vida y sus intereses individuales. Las mujeres de familias clases socioeconómicas media y alta, con condiciones económicas que les permitían darse lujos, solían participar en eventos sociales como bailes, fiestas, recepciones y cenas. Estas ocasiones eran oportunidades para lucir elegantes vestidos y joyas, así mismo socializar con personas de su misma clase social.

Muchas mujeres se unían a organizaciones sociales, como clubes de jardinería, grupos de caridad, sociedades literarias y comunidades conservadoras como la Liga de la Decencia, que desempeñó un papel destacado en la vida social y cultural de la época. Puntos de encuentro para la élite social y cultural, donde se llevaban a cabo actividades sociales, eventos culturales, reuniones y contactos de las élites comerciales,

como el Club de Banqueros de México, fundado en 1937, uno de los clubes más exclusivos y prestigiosos de la época, compuesto por destacados banqueros y empresarios, se consideraba un espacio para la élite financiera del país, además de ser un lugar para reuniones el club también organizaba eventos sociales y culturales; el Club de Industriales, fue fundado en 1943, agrupaba a los líderes y representantes de la industria mexicana, era un punto de encuentro para empresarios y ejecutivos destacados, donde se realizaban reuniones, conferencias y eventos sociales, aunque también se involucraba en actividades relacionadas con el desarrollo industrial y económico del país; el Club de Golf Chapultepec, uno de los clubes de golf más antiguos y prestigiosos de México, fundado en 1921, se encuentra en la colonia Chapultepec de la Ciudad de México, frecuentado por la élite social, incluidos empresarios, políticos y miembros de la alta sociedad, además de su campo de golf ofrecía instalaciones para eventos sociales y actividades recreativas; el Club de Empresarios, una organización que reunía a los empresarios y líderes empresariales más importantes del país, era un espacio donde se promovía el intercambio de ideas y se fomentaban las relaciones comerciales, el club organizaba eventos, conferencias y reuniones para discutir temas económicos y empresariales relevantes.

Algunas mujeres participaban en actividades deportivas como tenis, golf, natación y equitación, el Club Condesa, ubicado en la colonia Roma, fue el primer club de natación femenil de la Ciudad de México (1940); el Frontón México (1929), inaugurado como un destacado centro para la práctica y espectáculos de pelota vasca durante las décadas de 1940 y 1950; Club de Golf Chapultepec (1928), abrió sus puertas como uno de los principales destinos para los aficionados al golf en México y sede de importantes torneos y competencias de golf; el Hipódromo de las Américas, inaugurado en 1943, se convirtió en un importante centro de carreras de caballos en México, allí se celebraban competencias de renombre, atrayendo a la élite mexicana tanto aficionados como apostadores.

Las mujeres de familias ricas a menudo tenían la oportunidad de viajar y disfrutar de vacaciones en destinos nacionales e internacionales. Los viajes a ciudades costeras eran especialmente populares entre 1940 y 1960. Acapulco adquirió gran importancia como lugar turístico y de referencia para la sociedad mexicana y extranjera, símbolo de glamour y sofisticación, su fama como destino vacacional comenzó a expandirse. Conocido por sus hermosas playas, clima cálido y su espectacular bahía, ofrecía una combinación única de belleza natural y una creciente infraestructura, que incluía hoteles lujosos, restaurantes, discotecas y centros de entretenimiento. Durante estos años, el puerto de Acapulco se convirtió en un lugar de moda y reunión para la alta sociedad mexicana.

Las mujeres de familias acomodadas, que tenían interés en el arte y la cultura, asistían a exposiciones y subastas para apreciar y adquirir arte en el Palacio de Bellas Artes, inaugurado en 1934; la Galería de Arte Mexicano (1935) y el Salón de la Plástica Mexicana (1949), espacios dedicados a la exhibición de obras de arte pictórico, escultura y otras manifestaciones artísticas. El fotógrafo Librado García, conocido como *Smart*.

... hacia finales de los años veinte, participaría en muestras tan relevantes como la Exposición de *Arte Fotográfico Nacional* (o Primer Salón Mexicano de Fotografía, según la revista que se consultara) en donde se le mencionaba como "el fotógrafo de la imaginación y la elegancia", y en la que compartió créditos con Manuel Álvarez Bravo, Tina Modotti, Antonio Garduño o Gustavo Silva. Y en la exposición *Guillermo Tousaint / 11 fotografías mexicanos*, en la cual se mantuvo al lado de Ricardo Mantel, Agustín Jiménez, Hugo Brehme, Roberto Turnbull, Juan Ocón, Aurora Eugenia Latapí y Luis Márquez, entre otros... llevó a la sofisticación al retrato de estudio; se adentró en la experimentación innovadora del lenguaje de la vanguardia, y ejerció plenamente el pictorialismo... (Rodríguez, J. A. 2011, p. 34)

Así mismo a obras de teatro en Virginia Fábregas (1927), Teatro de la Ciudad Esperanza Iris (1918), Palacio de Bellas Artes (1934) y al Teatro de los Insurgentes (1953). Cabe destacar que la oferta cultural era amplia y diversa, había muchos otros teatros y salas de conciertos donde se presentaban eventos de calidad que atraían a la élite cultural y social. Además, algunas mujeres adineradas participaban activamente en actividades artísticas, como pintura, escultura y música, aunque la participación femenina en estas disciplinas aún enfrentaba barreras y estereotipos de género, hubo mujeres notables que lograron destacarse y contribuir al mundo artístico. Algunos de los lugares donde las mujeres recibían formación artística eran la Academia de San Carlos (1791) que ofrecían programas de estudio en los cuales las mujeres podían desarrollar sus habilidades artísticas; otras mujeres adineradas también se involucraban en talleres y estudios de artistas reconocidos, estos espacios permitían el aprendizaje, la práctica y la colaboración con otros artistas, fomentando la creatividad y el desarrollo de las habilidades; las mujeres también se unían a asociaciones y grupos de arte en los que podían mostrar su trabajo, recibir retroalimentación y participar en exposiciones colectivas. Estas asociaciones brindaban un espacio para el

intercambio de ideas y la promoción del arte. Las mujeres artistas enfrentaban desafíos en términos de reconocimiento y oportunidades, algunas lograron superar barreras y se destacaron en sus respectivas disciplinas y dejaron un legado importante en el arte mexicano.

La lectura era una actividad popular entre las mujeres de todas las clases sociales. Las revistas de moda, literatura y noticias eran ampliamente leídas. Además, se reunían para discutir libros, asistir a conferencias y participar en grupos de debate. Otras disfrutaban de actividades manuales como la costura, el bordado, el tejido y la creación de manualidades, estas habilidades eran consideradas valiosas y se transmitían de generación en generación.

Es importante tener en cuenta que las actividades y pasatiempos variaban según la clase social y las oportunidades disponibles para cada mujer, porque no todas tenían acceso a los mismos recursos y opciones de entretenimiento.

2. El estudio fotográfico en la ciudad de México (1940-1950)

Los estudios fotográficos se popularizaron en el siglo XIX, como símbolo de riqueza y poderío económico, con cámaras importadas de Francia, instalados en los últimos pisos de edificios altos con pagos de alquiler costosos, orientados de acuerdo a las condiciones lumínicas que influían en el resultado fotográfico, accesorios, espacios destinados para la exhibición de imágenes y para el acicalamiento de los clientes. "La fotografía, que empezó como experimento y divertimento de aristócratas y clases privilegiadas, en el siglo XX se convirtió en arte, medio de comunicación y en un gran negocio" (Mora, 2012, p. 71).

Podemos identificar diversas áreas especializadas en la fotografía que se enfocan en temas particulares e intenciones específicas. Los retratos realizados en estudios, desde el XIX, ha registrado fielmente las apariencias físicas de los retratados o retratadas y al mismo tiempo han explorado sus rasgos físicos con la intención de idealizar su fisonomía, reconocemos que pueden variar desde fotos clásicas y formales hasta informales y espontáneas. Algunos fotógrafos se han centrado en capturar la belleza física de los sujetos, mientras que otros han buscado revelar su vulnerabilidad, su fuerza interior o su conexión con el entorno. Cada enfoque ha tenido su propia estética y propósito, lo que ha permitido una amplia gama de posibilidades creativas.



Figura 3. Martín Ortiz, 1943. Colección privada

En el estudio, los retratistas trabajaban en condiciones controladas, gracias a algunas herramientas básicas como equipos de iluminación, difusores, fondos, utilería, espacios físicos adecuados, trípodes y cámaras.

Un elemento característico en los estudios fotográficos de las primeras décadas del siglo XX fueron los fondos, paredes de color, cortinas y telones con diferentes estampados pintados a mano. Además del equipamiento físico, el manejo de los recursos técnicos ha sido fundamental, como son la diferenciación de planos, esquemas de alumbrado, colorimetría, vestimenta, postura corporal, mirada, entre otros elementos relacionados con la persona retratada y que impactan significativamente en la apariencia y representación. “El estudio fotográfico nunca fue un espacio inocente. No podía serlo ante tantos recursos para la apariencia y representación de sí mismo y de otros” (Amézaga y Rodríguez, 2015, p.48).

Las relaciones personales entre el fotógrafo y modelos eran fundamentales, a través de ellas se exploró en el imaginario que generó diferentes escenarios o situaciones en las fotografías, fotógrafo y retratados trabajaron juntos para experimentar en el espacio fotográfico y establecer una conexión entre personas, *atrezzo* y espacio.

2.1 El retrato fotográfico de estudio

El retrato fotográfico ha sido durante mucho tiempo un reflejo de la sociedad en la que se realiza, a lo largo de la historia de la fotografía, los retratos han capturado no solo la apariencia física de las personas, también su posición social, su identidad cultural y sus valores.

El retrato fotográfico como manifestación artística y tecnológica tiene su desarrollo dentro del estudio, entendido éste en su doble acepción, como el espacio donde se realizaba la toma, y el lugar en que efectuaban los procesos para revelar y obtener la imagen (Amézaga, 2012, p. 58)

Entre 1940 y 1950, los retratistas de la ciudad de México como Martín Ortiz, Heliodoro J. Gutiérrez, María Santibáñez, Antonio Garduño, Pedro M. Leguizamón, José Arriaga, Emilio Lange, Napoleón, Ismael Rodríguez Ávalos y Adolfo de Porta, registraron a la sociedad de la época, el contexto histórico, así como los cambios políticos y socioeconómicos. El retrato fotográfico de estudio era fundamentalmente accesible para las clases medias y altas de la sociedad mexicana, que podían pagar los costos, se vestían de manera elegante para demostrar su estatus o sus aspiraciones económicas, como una forma de evidenciar el éxito y la pertenencia a una determinada clase social a través de retratos con una estética pictorialista y por lo tanto con aspiraciones artísticas.

Los valores creativos que de esta línea de producción se desprendieron fueron muchos; digamos, su capacidad de transformar los entornos, la figuras, los objetos, en una plasticidad que convocó, ciertamente, a la pintura finisecular pero sustentada por esa revolución técnica y visual como estaba siendo la fotografía. (Rodríguez, J. A. 2011, p. 4)

Además, las fotografías reflejaban la moda y la estética de la época, los y las retratadas portaban ropa de acuerdo con las tendencias de esos años, lo que permitía capturar los estilos y gustos de la sociedad mexicana. Aunque ciertos estudios fotográficos ofrecían accesorios, escenarios apropiados y en algunas ocasiones prendas de vestir para crear una imagen idealizada.

Asimismo, los retratos fotográficos de estudio también eran una forma de preservar recuerdos y celebrar momentos especiales, evocaciones tangibles y duraderas de bodas, XV años, comuniones, graduaciones y otros sucesos importantes en la tradición y cultura mexicana. Estas imágenes se convertían en testimonios tangibles de los hitos y las experiencias de las personas y sus familias, tesoros familiares que pasaban de generación en generación o regalos a familiares y amigos como signo de amor y respeto. Los retratos fotográficos se convirtieron en una forma de preservar la memoria y la historia personal de las familias. “Martín Ortiz, el mago de la fotografía que ha logrado triunfar en el arte difícil..., el decano de los fotógrafos de estudio capitalinos, no parecía cansarse de retratar señoritas y bodas de familias acomodadas” (Claro, 2011, p.40)

El carácter mágico de la experiencia en el estudio continuaba con el olfato, el aroma acre de los químicos y las sustancias del laboratorio permeaban todo el espacio con olor a colodión... El recepcionista o el propietario del estudio recibía a la clientela en un vestíbulo, a manera de sala de espera, donde se podían ver enmarcadas las fotografías-muestra del *atelier*, de entre éstas se elegían el formato, la temática y la pose con que deseaba retratarse. El estudio debía de contar con un espacio para que las personas se acicalaran, se cambiaran de ropa y pudieran peinarse frente al espejo. (Amézaga, 2012, p. 61)



Figura 4. Martín Ortiz, 1946. Colección privada

Es importante tener en cuenta que el retrato fotográfico en este periodo no necesariamente reflejaba toda la diversidad y la realidad de la sociedad mexicana. La representación en estas fotografías estaba influenciada por las normas y los valores sociales de la época, lo que podía dejar fuera a ciertos grupos marginales o de escasos recursos económicos.

Estas fotografías capturaron la moda, la estética y los valores sociales de la época, y continúan siendo una parte valiosa del patrimonio cultural de México hasta el día de hoy.

2.2 Los objetos en el estudio para materializar intenciones

Los retratos fotográficos realizados, entre 1940 y 1950, a mujeres de clases medias y alta conservan la esencia de una época marcada por el cambio social y la reafirmación de la identidad cultural en México. Detrás de cada retrato encontramos una cuidadosa selección de objetos que enriquecieron la composición, incorporaron un toque de autenticidad a la imagen y crearon recuerdos. Estos objetos no solo complementaban la estética visual, también construyeron un relato que al mismo tiempo revela situaciones de la vida cotidiana y el contexto histórico de aquel tiempo, en un instante fundamental: colocarse ante el profesional de la lente, escuchar sus indicaciones y esperar el famoso “click” del obturador de su cámara fotográfica. Los espacios del estudio transformaron la memoria a través de la imaginación y la ilusión de ser quien se aspira ser, porque el retrato cumplió la aspiración de verse como se anhelaba ser visto, no solo en rasgos fisionómicos, también en el espacio físico, porque el estudio recreó el paisaje íntimo de la casa, para Gastón Bachelard (2000) “...la casa alberga el ensueño, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz. No son únicamente los pensamientos; y las experiencias los que sancionan los valores humanos” (p. 29).

Imágenes fotográficas que muestran la moda de las clases sociales acomodadas, es decir, de accesorios elegantes y sofisticados, como collares o aretes de perlas, broches adornados, sombreros de ala ancha y pañuelos estampados, elementos que no solo realzaron la belleza de la retratada, también agregaron un toque de elegancia y estilo a la imagen, resaltando la personalidad y el gusto, al mismo tiempo que reflejaron la moda y las tendencias estéticas de la época.

Sin duda, la relativa accesibilidad de los costos permitió la democratización del acto fotográfico entre las clases sociales menos favorecidas. Y aunque esa democratización supuso una oferta muy variada – algunos estudios se fueron especializando en de acuerdo al sexo, edad o género retratístico... (Amézaga, G. y Rodríguez, J. A. 2015, p. 33)

Por otra parte, las flores y ramos eran utilizados en retratos de mujeres como símbolos de feminidad, delicadeza y belleza natural, estos elementos se colocaban en la zona del pecho para realzar la silueta femenina y aportar un sentido de armonía y gracia. En algunos retratos se pueden observar mujeres escribiendo una carta, acción que evocaba un sentido de educación y conocimiento; en otros, las retratadas sostenían un libro como una extensión del cuerpo o de la palabra que simbolizaba verdad, valores, intelectualidad y al “libro de la vida” que registraba sus buenas acciones.

En el estudio, los muebles recreaban el paisaje interior casas de las clases acomodadas pero también desempeñaban un papel fundamental al ser testigos silenciosos del ambiente y la vida cotidiana de la época. Cada objeto seleccionado y dispuesto en el escenario de la imagen aportaba una dimensión adicional en un mensaje codificado, expresaban estilos de vida y resaltaban la personalidad. Los sillones y sofás en las fotografías solían ser elegantes, simbolizaban el ámbito íntimo y privado, invitaban a posar de manera relajada y natural, transmitían una sensación de comodidad, sofisticación y familiaridad. Las mesas y escritorios a menudo simbolizaban el intelecto y la creatividad, adornados con libros, flores o artículos de escritura, elementos visuales que resaltaban la importancia de la educación y la cultura en la vida de las retratadas.

Probablemente uno de los elementos que hablan más del estatus social no es precisamente el decorado general, sino el empeño de hacer que cada rincón se vea habitado por muebles, cuadros y demás elementos decorativos, detalles que muestra un tipo de educación... La crónica que acompaña a las fotografías es la parte que pondera el origen y valor de los muebles y accesorios decorativos y, también, es lo que induce la lectura de las imágenes en el marco de una sociedad donde lo exclusivo, lo único o distintivo se constituye en un emblema y razón de ser. Esto último pese a que la sociedad burguesa suele ser de lo menos original ya que busca ser igual sin importar sean de México, Brasil, España o Inglaterra. (Gutiérrez, 2012, p. 40)



Figura 5. Martín Ortiz, 1942. Colección privada

Los espejos y tocadores consolidaban el imaginario de veracidad fotográfica y formaban parte de la utilería en los estudios, reafirmaban la importancia de la apariencia y de la belleza femenina, *atrezzo* que recreaba un ámbito de autocontemplación personal y de verdad, porque los espejos reflejan lo que “ven” y tienen la magia de “revelar” el alma sin engaños. Representación de un rincón que evocaban la tranquilidad del hogar y la importancia del descanso y la privacidad, donde la mujer se preparaba para enfrentar el mundo exterior. Estos muebles añadían un sentido de familiaridad y calidez a la imagen.

Muebles modernos, elegantes y vanguardistas de estilo art déco que reflejan la influencia de la modernidad y añadían un toque de sofisticación y cosmopolitismo al retrato, elementos esenciales que enriquecieron la composición visual y expresaron aspectos de la vida cotidiana y el contexto histórico. Desde sofisticados

sillones hasta muebles tradicionales, cada elección de mueble enriquecía la narrativa de la imagen y reflejaba la personalidad y la identidad de la retratada.

Por otra parte, cada elección de fondos incorporaban profundidad y significados a la imagen, transportaban al espectador a un mundo visual lleno de encanto y detalles evocadores de la época. Los tapices y telas estampadas eran comunes en las fotografías de los años cuarenta, aportando textura y contraste a la composición. Así mismo acentuaban protagonismo a la retratada.

En algunos casos las fotografías se situaban en escenarios naturales, como jardines, parques o paisajes rurales, espacios que resaltaban la conexión con la naturaleza, transmitiendo una sensación de armonía y serenidad. Además, estos paisajes también podían evocar una imagen de libertad y escapismo, especialmente en una época de cambios sociales y culturales.

Algunos retratos optaban por fondos minimalistas, utilizando tonos neutros o colores suaves para centrar la atención en la retratada. Esta elección permitía que la protagonista fuera el centro de la composición, destacando su belleza y personalidad sin distracciones visuales.

Detrás de esto se encuentra la comprensión de la puesta en escena y todo el engranaje de la construcción del retrato, su delineación, su concreción. Una elaboración mutua (otra vez, sujeto-fotógrafo) con todo y que aquí se le otorgue más autoría al fotógrafo en la elaboración visual. (Amézaga, G. y Rodríguez, J. A. 2015, p. 52)

2.3 Reflejo de las aspiraciones sociales

El retrato fotográfico de estudio en este periodo reflejaba las aspiraciones sociales de las personas retratadas, como signo de estatus económico y éxito. Las familias de clase media y alta buscaban inmortalizar su posición en la sociedad, mostrando su estilo de vida, su elegancia y sus posesiones materiales. Estos retratos eran una manera de proyectar una imagen deseada ante la sociedad y de establecer una identidad visual en la comunidad. Imágenes que reemplazaban la presencia real de la persona retratada, que establecía una imagen estática y estereotipada en un momento histórico, limitando su identidad y roles en la sociedad. En muchos casos, estos retratos reflejaban las expectativas sociales sobre cómo deberían verse y comportarse las mujeres, y cómo debían ser percibidas por los demás.



Figura 6. Martín Ortiz, 1955. Colección privada

En algunos retratos, los fondos y objetos presentes en el estudio fotográfico también tenían un significado simbólico. Las personas retratadas a menudo elegían escenarios y accesorios que reflejaran sus intereses, profesiones o gustos personales. Por ejemplo, un retrato con libros y papeles simbolizaba la educación y la intelectualidad de la persona retratada, mientras que un fondo pintado a mano con árboles representaba el espacio público, exclusivo para los varones y que gracias a la fotografía se volvía asequible para las mujeres.

El retratista, como creador de estas imágenes, influía en la codificación del mensaje contenido en los retratos, el manejo de sistemas de alumbrado, técnicas de impresión y retoques ocultaban o resaltaban rasgos fisionómicos y enfatizaban aspectos específicos de la personalidad de los retratados, pero también tenían una intención estética en concordancia con la composición o distribución espacial, virado y viñeteado.

El retrato fotográfico de estudio en la Ciudad de México durante las décadas de 1940 y 1950 fue más que una simple fotografía; se convirtió en un símbolo poderoso que reflejaba las aspiraciones sociales, preservaba recuerdos, establecía identidades y representaba valores culturales. Tanto las personas retratadas como los retratistas desempeñaban un papel significativo en la creación y la interpretación de estos retratos, dejando una huella en la historia visual de México. "Se accedía a la efigie personal – cuidadosamente acomodada y con ropajes únicos- a otra realidad, compatible y compartible con la de cualquier ciudadano acomodado o universal" (Amézaga, G. y Rodríguez, J. A. 2015, p. 56).

Bibliografía/Referencias

- Acosta A. (31 de marzo de 2002). Recupera Semo, fotógrafo imágenes de una rica etapa de la cultura mexicana. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2002/03/31/03an1cul.php?printver=1>
- Amézaga, G. (2012). Acto y retrato en los estudios fotográficos del siglo XIX. *Alquimia*, (45), 58–75.
- Amézaga, G. y Rodríguez, J. A. (2015). *Nosotros fuimos. Grandes estudios fotográficos en la Ciudad de México*, Instituto Nacional de Bellas Artes.
- Bachelard, g. (2000). *La poética del espacio*, Fondo de cultura económica.
- Claro R. (2011) Los borrosos desnudos. *Alquimia*, (41), 36–47.
- Domínguez, H. (2011). *Cine mexicano entre 1940-1970*, <https://portalacademico.cch.unam.mx/repositorio-de-sitios/historico-social/historia-de-mexico-2/HM2-3CultPortal/Cine1940.pdf>.
- Dorotinsky, D. (2008). Revistas mexicanas. *Alquimia*, (33), 6–11.
- Gutiérrez, I. (2012) La casa de la Kikis García. *Alquimia*, (45), 34–41.
- Montes de Oca E. (2003). La Mujer Ideal según Las Revistas Femeninas que Circularon en México. 1930 – 1950, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, (32), 143-159. <https://www.redalyc.org/pdf/105/10503206.pdf>
- Mora, A. (2012). La gente común y el retrato fotográfico. *Alquimia*, (44), 66–76.
- Rodríguez, J. A. (2011). Librado García Smart: cortejar a la sombra, *Alquimia*, (41), 20–35.
- Rodríguez, J. A. (2011). Revisión de una historia visual. *Alquimia*, (41), 4–7.
- Torrez, D. (2011). María Santibáñez: fama, olvido, rescate y fascinación. *Alquimia*, (41), 7–15.